

El Marqués dijo á su hijo claramente :

—Tengo una noticia que darte.

—¿Cuál?

—El gran duque Vassili está en París. Para el gran premio sin duda.

—¡Ah!—dijo Raimundo.

Estaba pálido.

El Marqués encendía un cigarro.

—Sí (dijo negligentemente); aquella pobre Margarita Brunier es quien me lo ha dicho hace un momento.... Te anuncio que podrás ir á comer en los Embajadores cuando te plazca.... No me volverás á encontrar allí con Margot.... ¡Pasión rota!.... ¡La pobre ha llorado, palabral.... ¡Costumbre de señora!.... Es muy buena muchacha Margarita.

Y mientras, Raimundo, aterrado, pensaba en aquel inesperado que venía á abofetearle en plena esperanza, «El Gran Duque está en París».

—Ya sabes (añadió el señor de Ferdys): si apuestas, toma *Frontignan*. Es el vencedor del Derby.... ¡Todo Jockey le tiene por favorito, desde Chantilly! ¡Buenos días, Raimundo!

X.

—¿Qué es lo que tenéis, mi querida Noris?

—¿Yo? ¡Me aburro, á pesar mío y á pesar de vuestra Alteza; me aburro, y me ataca los nervios toda esta batahola!

—Si estáis delicada, no permanezcáis en este sol (dijo el Gran Duque); el día es caluroso, en efecto.

—¡Y será largo!

Noris había dicho bajo las últimas palabras, y volviendo la cabeza en torno suyo, miraba á la muchedumbre con una expresión de cansancio: sus ojos negros estaban tristes bajo sus fruncidas cejas.

Esto pasaba en Longchamps el día del gran premio. Noris se había levantado nerviosa, con mil ideas revoloteando en su cabeza desde que se había despertado.

Hacía buen tiempo; la doncella entreabrió las pesadas cortinas, y entró un rayo de sol: el cielo sonreía un hermoso cielo de Junio, todavía primaveral como un día de Mayo; y el traje de Noris

desplegaba su esplendor en una silla larga. Cosa de exquisita elegancia.

¡Cómo se iba á mirar allá abajo con los gemelos á Noris! ¡Y cómo este nombre «Noris» iba á correr por todos los labios! ¡Noris! Un nombre que no le parecía ser el suyo desde que Raimundo la había vuelto á dar el de su infancia inocente: *Susana*.

El año anterior, en aquella misma fecha, Noris se había despertado casi alegre dentro de su amargura. Aquel escándalo del gran premio y aquella *Kermesse* de lujo, la atraía como una fiebre que podía proporcionarle el olvido. Pero ¿es que se olvida? Había sentido como una gozosa ironía pensando que los gacetilleros y los cronistas iban á describir su traje y recoger sus palabras.

Aquella comprobación de sus éxitos por los mismos que habían mordido á su padre, le daba cierto gozo.

Pero aquella vez, no; la jornada del gran premio le parecía simplemente un aburrimiento pesado, insoportable.

El Gran Duque tenía capricho por este espectáculo, y se creía parisiense porque se mezclaba á veces en aquella muchedumbre. Y la certidumbre del triunfo de Noris añadía para él otra seducción á aquella jornada. Le había suplicado que fuera á Longchamps; no le pedía demasiado sacrificio; llegaba de Petersburgo; no debía pasar más que tres semanas en París, y desaparecería hasta la época de ir á Niza. Pero la afición, de amistad ahora, que le inspiraba Noris, anhelaba para la joven éxitos indiscutibles.

Para el Gran Duque, aquella Noris era obra

suya: le enorgullecía un poco á S. A. haber inventado una parisiense que dirigiera la moda en París. Después de haberla deseado por su hermosura, la estimaba sólo por su *esprit*. El Gran Duque estaba retenido por la amistad, después de haber sido atraído por un capricho. Aquella mujer, en la que comprendía un alma superior, y que le hablaba pintorescamente, le agradaba; pero no buscaba á su lado lo que otras podían darle: el placer: no le pedía más que lo contrario de lo que las otras le daban: ingenio, conversación, reflexiones, olvido también. El Gran Duque pasaba por amar con un amor desgraciado á una gran señora de su país. Estaba al corriente de la existencia de Noris, y sabía con agrado, como la realización de una irónica paradoja, la manera que la joven tenía de retener á las gentes á distancia.

—No hay en París (decía Vassili) quien pueda hallar juntas en una burguesa esta altivez de Princesa y esta pureza de raza.

Los mismos artículos que dedicaban los periódicos á la querida del Gran Duque, no desagradaban á la alteza rusa. ¡Su querida! Esto le lisonjeaba mucho.

Pero se alentaba su vanidad dejando creer que aquella linda joven no era de nadie, más que suya. Á ningún precio hubiese abandonado á una mujer que á sus ojos formaba parte de su casa, ni hubiese renunciado á mostrarse solícito junto á ella un día de diversión al aire libre, como en el gran premio de París. Por un momento había tenido la idea de llevar con ella á Longchamps á Margarita Brunier; pero había encontrado á la joven en un estado singular de disgusto, fatigada también ella de aquellos espectáculos, cansada, extenuada. Aunque jo-

ven, Margot había visto tantos grandes premios, y que se parecían todos como los Grandes Duques! Todas aquellas carreras, unas mojadas y húmedas, y otras animadas por un hermoso sol, en aquéllas salpicando el lodo como granizos negros, y en éstas subiendo la polvareda como si fuera humo alrededor de los carruajes; todas tenían, en suma, algo ya visto ó previsto y de rigor.

—No, mi querida Noris; ¡el gran premio se correrá sin mí este año. Ya he ido bastante. Me hago vieja. ¡Esas cosas me aburren!

¡Vieja Margot, á los veintiseis años de edad!

—Y cuando ahora nada me entretiene, á los treinta años entraré en un convento para distraerme.

Margarita no decía que lo que á la sazón le disgustaba más de lo que nunca hubiera ella creído, era la resolución adoptada por el marqués de Ferdys de romper las relaciones de una manera correcta, aunque brusca. El viejo había prometido á su hijo cesar en sus devaneos, y cumplía la palabra; y Margot de nada podía acusarle, puesto que había roto la cadena con tijeras de oro. Pero la pobre tonta se había acostumbrado á aquella existencia sin inquietudes, y, á pesar de sus cabellos grises y de las arrugas sobre los ojos, el Marqués le agradaba, y aun le amaba, preocupándose del porvenir, á pesar de sus frescas mejillas y de sus alegres ojos.

Y ahora le sería necesario volver á la absurda y triste vida de las de su clase, buscar otro amor, y pasear del brazo de otro hombre su misma falsa alegría y su misma sonrisa, que formaba parte de su belleza.

Poco á poco, no queriendo contar nada en un principio, Margot iba á confiarse á Noris, y hasta el cuadro del hotel en que iba á dar salida á sus confidencias agregaba á su tristeza una ironía. ¡Ah! ¡Qué gana tenía de venderlo todo y de enterrarse en el rincón de un pueblo, con perros, gallinas, una chaqueta de percal sobre los hombros, pero con derecho á vivir, comer y dormir á su capricho!....

—¡Ah! ¡abuela Brunier, detestable mujer, que me has arrojado á esta vida!—decía Margot, amenazando con los puños al fantasma invisible de la vieja enterrada cerca de la tumba de Feraud, á lo largo de la muralla de Montmartre.

La linda joven tenía la voz entrecortada por los sollozos, y Noris se estremecía, pensando en el que la había arrojado á ella también hacia aquella existencia, tan dolorosa como la de Margot.

Desde que Chantenay se entregaba á ella atado de pies y manos, Noris se sentía presa de la fiebre, enferma, agitada por malas tentaciones.

¡Casarse con el Príncipe! ¡He ahí una venganza! No hubiese soñado jamás nada parecido; esto era brillante.

—Yo bien sé por qué cometería esa locura (pensaba ella). Ese hombre hasta ahora ha conseguido todo lo que ha querido, y, cueste lo que cueste, continúa su sistema.

Y con ronca voz se decía á sí misma, engañándose:

—¡Princesa!.... ¡Vamos, mi virtud sería bien pagada!....

La llegada del Gran Duque había apartado los pensamientos y las tentaciones de Noris. Le reci-

bía con una cortés frialdad, pero le recibía, y la presencia de Su Alteza alejaba por un momento, sobreexcitándolas acaso, las instancias de René. En cuanto á Raimundo, ¡cosa singular!, no había aparecido, y Noris se hubiese inquietado, preguntándose si el joven Marqués habría salido de París, si no hubiera tenido noticias por Margarita Brunier.

—No viene (se decía). ¡Aca so no me ama ya!

No, no dudaba. Raimundo no venía, porque tenía miedo de ella, y tenía razón en tenerle, porque se encontraba en una de esas disposiciones de espíritu en las que la locura está cerca, acechando, precipitando en las resoluciones absurdas, en los contratiempos de la vida.

¡Dios sabe qué partido tomaría Noris entre Raimundo, á quien amaba; Chantenay, á quien despreciaba y que estaba á merced suya, y aquel Gran Duque que llegaba como para separarla del uno y del otro!

—¡Si yo fuese valiente, bien sé lo que haría: lo que Margarita piensa hacer!.... Desaparecería, me enterraría, vejetaría, y moriría en un cortijo como una aldeana!

Luego, la realidad de aquella vida de esclava lujosa que había aceptado, se apoderaba de ella; y después de haber vacilado por si seguiría ó no el partido de Margarita, que rehusaba ir al gran premio, se encontraba en Longchamps, tendida en su coche, mirada con los anteojos, saludada, admirada, y el Gran Duque viniendo á pie entre los carruajes, conversaba con aquella hermosa Noris, cuya pálida belleza resplandecía bajo el sol.

Solamente ella estaba enervada y sombría, pen-

sando en todo, excepto en los caballos que corrían. No se interesaba por nada. La multitud la aturdiría, y el sol le daba jaqueca. Experimentaba en medio de aquellos ruidos de voces, de pasos, de taponazos de champagne, necesidad de silencio, de reposo; y el Gran Duque, inquieto de verla triste, le preguntaba si sufría, y por qué miraba la pista, los *jockeys*, la alfombra de hierba, los carruajes, con aquella mirada indiferente que se pasea sobre un cuadro trivial ó sobre los actores de una ópera pesada, y trataba de arrancarla á aquella repentina nerviosidad. Noris se sentía, dentro de aquel murmullo de la muchedumbre, aislada y perdida, experimentando poco á poco la impresión creciente del desaliento y de una negra soledad....

Se hubiese encontrado tan bien en su biblioteca de la calle Jouffroy, detrás de los pliegues de la cortina de seda roja, leyendo, soñando ó tendida en la penumbra de su hotel, y dejándose llevar, por la quietud de un apacible silencio, como por la dulce humedad de un baño. Allí, con los ojos medio cerrados, completamente sola, temblando oír un campanillazo que la arrancase de su entorpecimiento, tenía á veces horas de sueño, donde resumía todo lo desatado y funesto de su vida; y precisamente estaba de humor de pasar todo aquel día entre los recuerdos tristes y la melancolía de sus fiebres.... ¡Vassili hubiese hallado esto bastante ridículo! ¿Por qué había insistido para que viniese allí? Era el día de la manifestación de los insolentes lujos; era preciso presentarse en escena: un día de gran premio no se puede dejar de asistir, y el Gran Duque, creyendo distraerla, había querido que Noris

fuese una figuranta más en el panorama mundano de Longchamps.

Y una vez allí, creció, penetrándola como una niebla de melancolía, aquella dolorosa impresión, nacida del mismo ruido que le ensordecía, y la invadió por completo. ¡Hasta su Alteza le aburría! Pero no más que todo el mundo, no más que los *jockeys*, no más que aquella baraunda. Todo la enojaba. Tenía fiebres nerviosas que le acometían de repente, y hacían decir al Gran Duque con su acento ruso:

—¡Noris es la más graciosa de las criaturas!....

Ella lo sabía. Comprendía que no se asemejaba á las otras; no era ciertamente parecida á aquellas jóvenes que la miraban envidiosamente, con ojos celosos que la acribillaban; lo mismo que la miraba también fieramente, con aire altanero, como retándola, una admirable joven, muy rodeada en las tribunas, vestida con traje á rayas de color de fuego sobre fondo marfil con gruesos paniers, y una manteleta de terciopelo de Génova, y que era Jacoba de Montepreux.

Noris sentía sobre su rostro, ardiente como un lente de cristal grueso atravesado por el sol, la mirada de la Condesa. Aquella pobre señora de Montepreux, que no le quitaba los ojos ni los gemelos, debía detestarla.

—¡Pobre mujer! (pensaba Noris); ¡si supiese!.... ¿Y dónde estaba Chantenay? ¿Se puede correr el gran premio sin el príncipe de Chantenay? Noris buscaba al Príncipe, y no le veía. *Flor-de-Chic* estaba en el peso de los caballos. Pero estaba allí, porque ya se había oído nombrar á gente y periodistas que pasaban hablando:

—Siempre corrompido, depuro *chic*, Chantenay.

—Y corrompido es la palabra, respondió el otro.

Por curiosidad hubiese querido verle, para ver su actitud ante ella y la Condesa, las dos mujeres á quienes había mentido igualmente.

¿Su actitud? ¡Oh! ¡De seguro que sería muy *correcta*! ¡Esta era su palabra de ordenanza; Chantenay siempre muy correcto! Aquellos encuentros no le turbaban lo más mínimo; estaba habituado á ellos.

Pero, después de todo, ¿qué le importaban á Noris, ni René, ni la señora de Montepreux, ni nadie? Tenía prisa por alejarse; estaba enervada....

De repente dió un gran golpe con su abanico, y dijo:

—¡Yo me voy!

El Gran Duque la miró.

—¿Cómo? ¿Es verdad que os marcháis? ¿Estáis enferma, querida?

—No, no estoy enferma.... Pero, ya lo véis: estoy fastidiada...., nerviosa.... ¡Pido perdón á vuestra Alteza!

—¡Oh! ¡Perdono! Pero, ¿y el gran premio?

—¿El gran premio? ¡Ya veré correr el del año próximo!.... ¡Marchad!—dijo al cochero, que, aunque descontento, hizo prodigios de habilidad para salir de entre el laberinto de carruajes.

Noris estaba ya lejos, con la cabeza alta, dichosa con huir de la fiesta; le parecía que una voz, con un timbre respetuoso y acento ruso, repetía por dos veces el mismo nombre: ¡*Noris!*....

Un sólo nombre le hubiera hecho detenerse, y aquel nombre no le sabía el Gran Duque: Raimundo solo le sabía: era *Susana*. Sufría entre aquella

multitud; quería volver á la soledad para pensar. Ya escapaba á la baraúnda, y el cochero atravesaba el puente cuajado de carruajes, en tanto que Noris miraba con una vaga sonrisa el agua azulada que pasaba por debajo con partículas brillantes.

Al cabo de un momento se halló en la ciudad. La fantasía le hizo mirar aquella corriente del mundo que por el lado de Suresnes descendía hacia el terreno que ella acababa de dejar.

—Subid por el recodo,—dijo al contrariado cochero.

—Pero, señora, el caballo....

—¡Subid!

Le divertía mirar ahora aquellas calles estrechas de Suresnes, donde se precipitaba como una corriente humana. El tren de París rodaba, trayendo de allá arriba un desbordamiento de gentes prensadas; burgueses, criados, *sportmen* de ocasión y hechos de pronto, que, con los gemelos colgados, se apresuraban por ir á apostar, á jugar las economías del mes, la ganancia de la semana, el fondo de la alcancía; miraban, aunque iban apresurados al mismo tiempo que se limpiaban la frente, á aquella linda joven que, tendida en su carruaje, huía de lo que ellos iban á buscar, y se volvía desdeñosamente. Noris recibía al paso alguna mirada picaresca, alguna flor impregnada de gracia parisiense.

Lo que la asombraba era, bajo aquel hermoso y claro cielo de Junio, la estrepitosa alegría de toda aquella gente que, del brazo cariñosamente, iba á pie y riendo por el camino. Había también delante de las tabernas de Suresnes mesas y bancos al aire libre, donde se bebía vino flojo en grue-

sos vasos, sin ocuparse de Longchamps, del cercado, del peso de los caballos, ni de la *high-life*. Lindas muchachas con trajes de día de fiesta, con el cutis tostado y las manos rojas, servían de beber, y las «sociedades», colocadas alrededor de las mesas en el fondo de los jardincitos, tenían un aire de franca alegría, que recordaba á Noris las meriendas de algunas familias pobres en la plaza Clichy, cuando, saliendo ella con su padre de la calle Brochant, iban antiguamente á pasearse por aquel lado.

En la plaza de la Iglesia otro espectáculo le llamó la atención, y le hizo detener el coche. Cuando llegaba allí, se sorprendió de ver ante el pórtico una multitud esperando: granujas, muchachuelas se estrujaban formando filas, y por encima de las cofias blancas de un grupo de viejas se veía el sombrero galoneado de oro de un portero, que relucía como el sol sobre un campo de trigo negro. Instintivamente se bajó del coche y se aproximó con curiosidad: en aquella iglesia había una fiesta. Los muchachos bien vestidos que esperaban delante el paso de algún cortejo, no echaban de menos el gran premio corrido allá bajo. Sus grandes ojos se abrían, ávidos de ver una procesión, sin duda.

—¿Qué hay aquí?—preguntó Noris á una muchacha.

La muchacha se puso roja, miró á la bella dama, y respondió:

—Es que se corona á la *rosière*, ¡señora!

La *rosière*. El nombre hizo sonreír á Noris. ¿Todavía se coronaba á las *rosières* y se las coronaba el día del gran premio?... ¿Había aún *rosières* en el mundo? ¡No lo había visto nunca!

multitud; quería volver á la soledad para pensar. Ya escapaba á la baraúnda, y el cochero atravesaba el puente cuajado de carruajes, en tanto que Noris miraba con una vaga sonrisa el agua azulada que pasaba por debajo con partículas brillantes.

Al cabo de un momento se halló en la ciudad. La fantasía le hizo mirar aquella corriente del mundo que por el lado de Suresnes descendía hacia el terreno que ella acababa de dejar.

—Subid por el recodo,—dijo al contrariado cochero.

—Pero, señora, el caballo....

—¡Subid!

Le divertía mirar ahora aquellas calles estrechas de Suresnes, donde se precipitaba como una corriente humana. El tren de París rodaba, trayendo de allá arriba un desbordamiento de gentes prensadas; burgueses, criados, *sportmen* de ocasión y hechos de pronto, que, con los gemelos colgados, se apresuraban por ir á apostar, á jugar las economías del mes, la ganancia de la semana, el fondo de la alcancía; miraban, aunque iban apresurados al mismo tiempo que se limpiaban la frente, á aquella linda joven que, tendida en su carruaje, huía de lo que ellos iban á buscar, y se volvía desdeñosamente. Noris recibía al paso alguna mirada picaresca, alguna flor impregnada de gracia parisiense.

Lo que la asombraba era, bajo aquel hermoso y claro cielo de Junio, la estrepitosa alegría de toda aquella gente que, del brazo cariñosamente, iba á pie y riendo por el camino. Había también delante de las tabernas de Suresnes mesas y bancos al aire libre, donde se bebía vino flojo en grue-

sos vasos, sin ocuparse de Longchamps, del cercado, del peso de los caballos, ni de la *high-life*. Lindas muchachas con trajes de día de fiesta, con el cutis tostado y las manos rojas, servían de beber, y las «sociedades», colocadas alrededor de las mesas en el fondo de los jardincitos, tenían un aire de franca alegría, que recordaba á Noris las meriendas de algunas familias pobres en la plaza Clichy, cuando, saliendo ella con su padre de la calle Brochant, iban antiguamente á pasearse por aquel lado.

En la plaza de la Iglesia otro espectáculo le llamó la atención, y le hizo detener el coche. Cuando llegaba allí, se sorprendió de ver ante el pórtico una multitud esperando: granujas, muchachuelas se estrujaban formando filas, y por encima de las cofias blancas de un grupo de viejas se veía el sombrero galoneado de oro de un portero, que relucía como el sol sobre un campo de trigo negro. Instintivamente se bajó del coche y se aproximó con curiosidad: en aquella iglesia había una fiesta. Los muchachos bien vestidos que esperaban delante el paso de algún cortejo, no echaban de menos el gran premio corrido allá bajo. Sus grandes ojos se abrían, ávidos de ver una procesión, sin duda.

—¿Qué hay aquí?—preguntó Noris á una muchacha.

La muchacha se puso roja, miró á la bella dama, y respondió:

—Es que se corona á la *rosière*, ¡señora!

La *rosière*. El nombre hizo sonreír á Noris. ¿Todavía se coronaba á las *rosières* y se las coronaba el día del gran premio?... ¿Había aún *rosières* en el mundo? ¡No lo había visto nunca!

—¿Se puede entrar, niña?

—Con un permiso firmado por el señor Alcalde, sí, señora.

Noris no lo tenía.

—¿Y sin permiso?

—¡No se puede, señora!

Noris sintió que le tocaban en el brazo, y un chico de siete ú ocho años le dijo, poniéndose muy encarnado, y tendiéndola un papel blanco impreso:

—Yo tengo muchos permisos, señora: ¡he aquí uno! Noris cogió el papel, y dió al niño una moneda de plata para comprar dulces.

—Me esperaréis allí,—dijo al cochero, señalándole un rincón de sombra detrás de la iglesia.

Entonces entró. Mostró aquel permiso, en que se leía, bajo el membrete del ayuntamiento de Suresnes, el anuncio de la ceremonia de la elección y del coronamiento de la *rosière* «á las tres en punto, el domingo 4 de Junio»; la colocaron en una tribuna del fondo de lo alto de la iglesia, donde se halló sola por un momento, mirando como si fuese un espectáculo aquella iglesia llena de gente. Lo que veía era desde luego una bonita decoración, bien iluminada y vistosa.

En lo alto, como el armazón de un navío, aparecía la bóveda de la iglesia, con las relucientes vigas de roble negro esculpido. Por las claraboyas que había en el fondo del coro entraba la luz, confundiéndose los rayos del sol con la iluminación del altar, deslumbrante y rojo, cuajado de bujías encendidas, colgado de púrpura, el frontal con su encaje blanco y el tabernáculo mezclando su color de oro á aquel conjunto de luces.

Ante la apiñada multitud, las sillas y los bancos

separados por una línea blanca, para dejar desfilan el cortejo. Acá y allá, comisarios con los lazos de seda verde, colocando á los que llegaban últimamente amontonados á los lados, ó guiándolos hasta la tribuna donde estaba Noris, estremeciéndose con un placer singular y una curiosa emoción, y sorprendiéndose de encontrarse casi conmovida por lo que veía. Mujeres del país, lavanderas ú hortelanas de la vecindad, subían á su lado, sentándose en el mismo banco, y Noris se recogía el vestido para no quitar demasiado sitio á aquellas mujeres que estaban en su casa.

—¡Las tres! Esto no tardará (dijo una de ellas), porque el señor Alcalde es exacto.

Entonces advirtió Noris un movimiento de oleaje en la multitud: evidentemente se abría la puerta que daba á la plaza. Se oyeron sonar las campanas, y, en medio de varias personas vestidas de etiqueta, entró lentamente en la iglesia un cortejo de jóvenes de primera comunión vestidas de blanco.

Al escuchar el nombre de las de primera comunión, había sentido en el corazón una impresión extraña. Las miraba entrar, y pasaba por ella algo inesperado. Aquello era como un cortejo de fantasmas, en el cual hubiese hallado ella el de su infancia. Se volvía á ver vestida así, en la iglesia, donde su padre la esperaba y la miraba conmovido.

¡Su lindo velo blanco! ¡El traje que su misma madre había arreglado coquetamente, porque las costureras olvidan siempre alguna cosa, un nada, pero que es el todo! ¡Qué espantosamente lejos estaba todo esto! ¡Aquel vestido de niña y aquel velo blanco sería el último traje de doncella con que cubriría su frente la pobre Noris!

hubiese adornado con él para Raimundo, si hubiese tenido derecho!

De repente se oyó una voz en la iglesia: el sacerdote estaba en el púlpito y tenía un papel en la mano: la elección estaba hecha. La *rosière* estaba elegida.

En medio del silencio de toda aquella gente ansiosa, Noris oyó decir:

—Por mayoría ha sido nombrada *rosière* para el año 1883....

El sacerdote lentamente pronunció este nombre:

—¡Susana Lestrade!

Y al instante la del año pasado se quitó su corona de rosas con cintas negras, pues no tenía derecho de llevarla más: *rosière* durante un año, privada de su dignidad por la nueva, Susana Lestrade. Noris se había estremecido. La elegida se llamaba como ella, como su madre: *Susana*. Le parecía que había ironía en aquella casualidad. Susana, la verdadera Susana Lestrade, que había enrojecido, se había vuelto á poner pálida; el Alcalde la presentaba ahora á la señora, arrodillada allá arriba ante un reclinatorio, y en las manos de la *rosière*, que temblaban un poco, puso la dama dulcemente y con una sonrisa maternal, un reloj de bolsillo con las tapas de plata, y en un papel alguna moneda de oro.

—¡Una fortuna!—decía una lavandera al lado de Noris.

Susana Lestrade iba á cobrar además quinientos francos de renta, que una señora, en recuerdo de su primer hijo, había legado á la *rosière* de Surresnes. Las mujeres vecinas de Noris parecían contentas. ¡Vamos, se había elegido bien! Era una

buena muchacha la de este año. Con aquellos quinientos francos se casaría con su prometido, que era soldado, y que iba á recibir en el regimiento la noticia de aquella gran felicidad. La doncella premiada tenía á su madre loca.... ¡Oh! ¡Si ésta hubiera podido presenciar la coronación de la pobre chica!

Noris escuchaba, mirando á la *rosière*, y sentía tentaciones de quitarse una de sus pulseras y agregarla al cubierto de plata que la joven llevaría en dote á su prometido el soldado. Pero no tenía derecho á hacerlo: era allí una extraña, y nunca se había sentido tan aislada. Ahogábase, y tenía ansia por marcharse, como poco antes lo hizo de las carreras.

Bajó la estrecha escalera de madera de la tribuna, mientras las campanas repicaban alegremente y la plaza se hallaba llena de curiosos. Era preciso abrirse paso por entre las filas de muchachos, de labradores con blusas azules y de viejas con gorros de lienzo.

Antes de subir á su coche, contempló algún tiempo aquel espectáculo.

Había allí una charanga, cuyos individuos llevaban casquetes galoneados de oro, y que aguardaba, dejando relucir los instrumentos de cobre al resplandor del sol. Cuando, precedida por un Comisario, la *rosière* se presentó en el dintel del templo, llevando bajo su velo blanco la corona de rosas, la música, poniéndose en marcha, dejó oír un aire guerrero y chillón, que parecía un paso redoblado de regimiento.

Muchas voces exclamaban:

—¡La *rosière*!

Y la gente se empujaba para verla, mientras que ella, seguida de sus compañeras y rivales, vestidas de blanco, y de la *rosière* del año anterior, cruzaba la plaza siguiendo á la música, y la muchedumbre las seguía, arrastrada por el ruido musical, mientras que Noris, inmóvil, creía asistir á la marcha irónica de algo que le pertenecía: una ilusión, un recuerdo, una fe, un fantasma.

—¡La *rosière*! ¡La *rosière*!....—gritaban cerca de ella otras voces irónicas.

Noris miró á los que gritaban, y vió unas muchachas de aspecto procaz y que iban del brazo de unos jóvenes, burlándose con un tono que no parecía natural, y que sin duda,—Noris lo comprendía por sí propia,—sentían toda la amargura de su caída ante la virtud que pasaba paseada como en una mascarada ó apoteosis de encrucijada.

La música se alejaba, y el séquito se iba perdiendo en el fondo de las calles.

Noris subió al coche, exclamando:

—¡Á París!

É iba pensando:

—He aquí algo que nunca había visto.... Hice bien en marcharme de las carreras.

Y mientras que el carruaje la conducía, sonreía tristemente, pensando en la antítesis de la *high-life* con aquella fiesta rural y aquella cándida alegría de las pobres gentes.

—¡Susana Lestrade! (murmuraba Noris, dando una entonación acongojada á su «argot» al uso.) *No está en el movimiento*, y Gardanne no podría describir su interior.... Pero, ¡ah! ¡Si yo pudiese cambiarme por ella!

Después, paseando vagamente su mirada por los

árboles de los dos lados del camino, que parecían huir, la joven sentía henchirse su corazón por un sinnúmero de recuerdos. Habíale bastado el encuentro casual de la *rosière* coronada para recordarle todo su pasado feliz, ignorante y casto: la madre, el padre, el hogar tranquilo del anciano novelista.... Ella había llevado un velo blanco como el de la aldeana, y aún creía verse con sus credulidades y sus esperanzas de otros tiempos, mirando la vida á través del velo de muselina de la primera comunión. ¡Ah! ¡El príncipe azul! ¡Los sueños! ¡El pasado!

Su pensamiento abarcaba los sucesos de los últimos cinco años, y creía verlo todo; la habitación de la calle Brochant, el Parque, el padre trabajando en el último libro, *Historia de un vencido*, y Chantenay llegando á turbar aquella paz, y ella pronta á caer sin conocer siquiera su falta; después, Feraud moribundo, y Chantenay insultándola con su abandono; sus deseos de morir, el ansia de venganza, el Gran Duque, la nueva vida, Margot, Raimundo, la señora de Montepreux....

Hombres y mujeres le parecían los personajes de una comedia irónica y mal representada, chocando entre sí y desgarrándose sin saber por qué, y todos los apetitos haciendo presa en todas las debilidades. Debilidad en Margot, ignorancia en Noris, inconsciencia en Jacoba; la caída siempre igual y teniendo por causa el deseo ó el ocio de algún calavera, joven ó viejo.

Entonces repitió su frase eterna:

—¡La falta de la mujer es el crimen del hombre! Pero, ¿por qué el hombre no ha de pagar sus deudas? Con cinco años de distancia, podría vengarse de Chantenay.

—¡Cinco años! ¡No hay siquiera prescripción!— decía con una risa irónica, que interrumpía cruelmente sus meditaciones, y la hacía terrible, á ella, tan buena.

Después apartaba su pensamiento del lejano recuerdo, y lo volvía á la iglesia, á Susana Lestrade, al rincón de tierra que acababa de dejar, y veía en el horizonte borrarse sus colinas y sus techumbres rojas, y creía escuchar aún el alegre repique de las campanas de Suresnes.

En aquel día de primavera, en que el sol quemaba el verde de los árboles, entre los cerezos de los dos lados del camino y más allá de las alturas de Puteaux, aquel gran París blanco, con radios dorados en sus torres; en aquel feliz domingo, en que todos entonaban un himno á la vida, Noris Feraud se sentía morir de tristeza.

Al llegar á su hotel tropezó con Silvina, estupefacta, que le dijo:

—¿Tan pronto?... ¿No se ha divertido la señora?

—¡Oh, sí! He visto algo muy curioso.... : la recompensa de una joven honrada; y eso no se ve frecuentemente. ¿Hay algo de nuevo?

—Una carta, señora.

La doncella presentó el billete en la bandeja.

Noris palideció.

Era de Raimundo de Ferdys, que suplicaba á Susana le recibiese aquella noche misma.

—El señor de Ferdys vendrá esta noche. No estoy para nadie más que para él,—dijo á Silvina.

—Pero, ¿y el Gran Duque, señora?

—Para nadie (repitió Noris con disgusto); y menos para el Gran Duque.

## XI.

Cuando Silvina entró en el saloncito blanco en que se hallaba Noris por las noches, Susana tuvo un momento de emoción, adivinando que Raimundo tenía que confiarle algo muy grave.

Así es que mostró alguna cólera cuando su doncella le dijo:

—¡No es el señor de Ferdys, señora!

—¿Y no os he dicho que no recibo?

—Es que.... si la señora supiese...., acaso la señora....

—¿Quién está?

—La señora condesa de Montepreux.

Noris se levantó súbitamente de su sillón.

¡La Condesa! ¿Qué capricho ó qué locura llevaba allí á Jacoba de Montepreux, y qué quería decir á la señorita Feraud?

Noris había notado la afectación con que la Condesa la había mirado desde la tribuna, y que en aquella mirada constantemente fija sobre su mismo